

ADÉLAÏDE BON

---

*La niña  
de la banquisa*



Una novela que testimonia y denuncia la agresión sexual padecida por la autora siendo niña. Un libro valiente, perturbador y necesario.

Un soleado domingo de mayo, Adélaïde, una niña de nueve años de familia parisina acomodada, sufre una agresión sexual por parte de un desconocido en el hueco de la escalera de su casa. Como mecanismo de autodefensa, su mente bloqueará los recuerdos del episodio. Pero el trauma de lo vivido derivará en soledad, tristeza y una persistente sensación de culpa y vergüenza que marcarán su vida. Ella tratará por todos los medios de ocultar a los demás el abismo de un sufrimiento que no cesa y tendrá problemas en la adolescencia y en su iniciación en la sexualidad.

Veintitantos años después, superado –al menos en parte– ese trauma infantil, Adélaïde revivirá lo ocurrido de nuevo. La policía ha detenido al presunto culpable, un hombre apodado el Electricista, sospechoso de ser autor de decenas de abusos sexuales a menores. Ella –como otras muchas víctimas– es llamada a declarar en el juicio, lo cual la obliga a enfrentarse, cuando ya no contaba con ello, al individuo que le destrozó la vida.

Esta es una novela desgarradora sobre la pérdida de la inocencia, sobre un trauma de difícil –acaso imposible– superación y sobre las dolorosas y perseverantes secuelas que deja en quien lo ha padecido. Es también un testimonio valiente sobre los tabúes, las trabas burocráticas y la insensibilidad institucional que rodean a estos casos cuando llegan a los juzgados. Una historia narrada desde la propia experiencia, con voluntad de denuncia y con una poderosísima voz literaria que la eleva más allá del mero

testimonio. Un libro demoledor, inquietante, veraz y necesario.

## Índice de contenido

Cubierta

La niña de la banquisa

I

II

III

Epílogo

Sobre la autora

Notas

*A la doctora Muriel Salmona,  
a la infatigable inspectora a largo  
plazo, a todas las víctimas de  
violencia, mis heroínas*

Cuando los crímenes empiezan a acumularse, se hacen invisibles. Cuando los sufrimientos se hacen insoportables, los gritos ya no se escuchan. Los gritos, también, caen como la lluvia en verano.

BERTOLT BRECHT

¿Se secó la boca con el dorso de la mano, se pasó la lengua por los dientes, se recompuso un poco el peinado? ¿Fue ella o fue él quien le subió las bragas, quien le recompuso el pichi rojo, quien le alisó la blusa blanca? Ella lo mira y asiente con la cabeza, como los perritos que meñean la cabeza colocados sobre la bandeja del maletero. *Soy buena, soy mona, me gusta esto, eres mi amigo, te gustan mis nalgas grandes, te portas bien conmigo, soy golosa, no diré nada, es nuestro secreto, te lo prometo, no diré nada.* Esas son las palabras que él le dijo y que ella no recuerda, como tampoco recuerda lo que él le hizo.

Recoge la bolsita de papel blanco con los palotes y el bote de copos especial para peces rojos que había dejado en la esquina desnuda de un escalón.

Algo ha dado un vuelco, no sabe si es el suelo o si es ella, se concentra para subir la escalera.

En el rellano, se gira cuando él la llama, vuelve a prometérselo asintiendo con la cabeza.

Está tumbada en su cama, intenta atrapar una lágrima con la punta de la lengua. Las tablas del pasillo chirrían, coge su libro. *Sin familia*, Hector Malot.

—¿El libro que estás leyendo te hace llorar? —pregunta su padre, alarmado quizá porque ella se ha deslizado como una sombra desde la entrada del piso hasta su habitación, sin el ritual atronador del *Hola mi querida familia a la que amo y adoro*, sin cerrar de golpe la puerta de entrada, sin correr a contarles cualquier cosa. Su cabeza se mueve. Izquierda. Derecha. Derecha.

Izquierda.

—¿Ha ocurrido algo?

Su cabeza se mueve. Arriba. Abajo. Abajo. Arriba.

Está sentada entre su padre y su madre en el sofá color burdeos del salón, su hermano y sus hermanas han desaparecido. Mira las paredes tapizadas, no las reconoce, como tampoco reconoce a sus propios padres. De repente todo está cambiado sin que ella pueda ver qué. Le hablan, a ella le cuesta oírles, comprenderles. Flota.

Está sentada en el asiento trasero del coche de policía, junto a su padre. Los policías ponen las luces giratorias para hacerla sonreír. Ella sonríe. Es buena. Ya no está ahí. Está muerta. Parece que nadie se da cuenta.

En la comisaría, una policía le hace preguntas, ella tiene que contestar con un sí o un no, asiente o sacude la cabeza, dependiendo. No siente nada. La policía toma nota, *Me tocó el culete: por delante y por detrás. Me cogió la mano izquierda y la colocó sobre su sexo.*

Le dicen que *pone una denuncia por tocamiento sexual* y que el señor de la escalera es *un pedófilo*. Ella asiente con la cabeza.

No siente las medusas que se meten en ella aquel día, no siente los tentáculos largos y transparentes que la penetran, no sabe que sus filamentos van a arrastrarla poco a poco a una historia que no es la suya, que no le concierne. No sabe que van a desviarla de su ruta, atraerla hacia profundidades desiertas e inhóspitas, entorpecer hasta el más mínimo de sus pasos, hacerla dudar de sus puños, estrechar año tras año el mundo que la rodea reduciéndolo a una bolsita de aire sin salida. No sabe que a partir de ahora está en guerra y que el ejército enemigo habita en ella.

Nadie la previene, nadie se lo explica, el mundo ha enmudecido.



Pasarán los años. Olvidarán ese domingo soleado del mes de mayo o, mejor dicho, no hablarán de él. Ella tampoco pensará más en ello.

Por supuesto, tú ya habías vivido peleas, penas, enfados, derrotas y entierros. Ya habías aprendido que amar con fuerza a alguien no impide que muera, pero que podemos seguir hablándole después, como hablabas con el abuelo, bajo el ciruelo. Sabías que existen enfermedades de las que nadie sana y preguntas a las que nada responde. Y respuestas, sin embargo, en las telas de araña resplandecientes de rocío que ninguna palabra sería capaz de contener. Dios habitaba en el rincón más cálido de tu corazón y en el zumbido de los insectos en primavera. Te encaramabas a la cima de los árboles para sentir cómo te inclinabas con ellos bajo la brisa. Tenías un enamorado que hacía esgrima y para el cual dibujaste un día los doce hijos que tendríais juntos. Te pillabas unas rabetas telúricas que hacían que te sentaras en la acera y te negaras a levantarte. Coleccionabas palabras bonitas y palabras locas en libretas. Querías ser bombera, salvadora del mundo, gran escritora. Te traían sin cuidado los espejos y las apariencias. Tenías nueve años.

|

Al día siguiente, se lo cuenta a su enamorado. Ha sonado el timbre señalando el final del recreo, están de pie junto a su pupitre –ya no sé cómo se lo contó, qué palabras utilizó–, sentía que algo había dado un vuelco y que tenía la obligación de decírselo. No espera su respuesta, va a sentarse, muy tiesa.

Empieza a comer más, ya era golosa antes. No sé si se da cuenta de que a partir de ahora comer no es alimentarse, es calmarse.

Lo tiene todo para ser feliz. Tiene una infancia muy privilegiada, muy protegida. Goza de buena salud, es guapa, es inteligente. Vive en París. Esquía en invierno, se baña en verano, visita museos en el extranjero. Pertenece a una familia respetable residente en un barrio elegante, es educada, sabe comportarse en sociedad. Es blanca, francesa desde Morvan I, rey de los bretones, y Carlomagno, educada en la fe católica y en la preocupación por los demás, tiene un abuelo Muerto por Francia. Su padre ha triunfado, su madre también. Unos padres con oficios apasionantes, con responsabilidades, con un alto valor añadido, con una vida social rica y fértil. Unos padres ocupados, torpes, tiernos y profundamente afectuosos.

Cuando está sola, habla con un enorme yeti blanco, que solo ella ve, y con Pandi Panda, su viejo oso de China. La protegen, la tranquilizan y, con ellos, puede confesarse. Todavía se chupa el pulgar. A menudo, agarra la mano del

yeti, en la calle o cuando hay demasiada gente y ella sola no puede vigilarlo todo.

Algunos días, los objetos que la rodean hablan entre sí y puede pasarse una hora entera en el baño, inmóvil, escuchándolos conversar en su cabeza.

Algunas noches, año tras año, está soñando, algo interrumpe el curso del sueño, algo, un lugar preciso de su cuerpo que le llama la atención y empieza a dar vueltas, a dar vueltas cada vez más rápido, el remolino aumenta y la succiona, los contornos de su cuerpo se resquebrajan, lentamente se borran, ella no consigue apartar la mirada, su cuerpo es un desierto de arena que da vueltas y se derrumba, la arena es viscosa, le llena la boca, no hay nada de lo que asirse, se desliza, se diluye y, cuando el remolino ha invadido todo el espacio del sueño, cuando va a desaparecer, grita. Se despierta sobresaltada. Escucha. Tiene miedo de haber gritado realmente, de haber despertado a sus padres. Hay algo terriblemente sucio en ese sueño, algo de lo que no debe hablar.

En primavera del año siguiente, tiene diez años y una camiseta blanca con capucha. Está contenta por haberse librado por una vez de los cuellecitos redondos y los vestidos con nido de abeja. Una de las chulitas, la élite del patio de recreo, la felicita por su atuendo y, de inmediato, su corazón rebosa, su corazón que no se lo cree, ella que se siente tan inepta tan fea tan gorda, ella que ya no sabe verse si no es a través de los ojos de los demás.

En la merienda de cumpleaños de una amiga, juegan al escondite. Su enamorado la arrastra detrás de uno de los pesados cortinajes del salón. Se miran, ella se ruboriza, él acerca sus pequeños labios, ella se queda sin aliento, cierra los ojos y, de repente, se paraliza. Algo se ha deslizado en su interior y se ha apoderado de ella, una cosa asquerosa, una sensación de todo su cuerpo, un frío que asusta demasiado para poder ser descrito.

Decepcionado, él irá a darle besitos a otra.

Su madre la lleva a casa de una tía nutricionista, ha engordado mucho. Debe anotar todo lo que come en una libretita, pero hay alimentos que prefiere no anotar, cantidades que maquilla, ella que termina los platos sin que nadie la vea, ella que se traga los restos en lugar de tirarlos, la primera que se levanta para recoger la mesa, la que sonrío, la servicial, la que se escabulle a la cocina para atiborrarse.

Día tras día, las medusas se propagan.

Su madre la lleva a una gran comisaría a orillas del Sena. Los policías le muestran un clasificador repleto de fotos de señores, ella tiene que mirarlos con atención, uno a uno. Le gustaría poder decirles *Es él*, pero esos rostros anónimos no le dicen nada, no le recuerdan nada. No se atreve a preguntar si todos esos señores, esos cientos de señores de papel que la miran, son *pedófilos*, ellos también.

En sexto, la profesora de historia propone a los voluntarios que hagan una presentación sobre un periodo de su elección. Ella elige la Shoah. Se pasa horas en la biblioteca del barrio, mirando a amables esqueletos con pijamas de rayas y con una mirada apagada que ofrecen sus sonrisas desdentadas a los fotógrafos del Ejército Rojo. No les cuenta a sus padres que ha sacado en préstamo *Noche y niebla*<sup>[1]</sup>, espera a quedarse sola una tarde para verla. Su presentación resulta tan exhaustiva que dura cuatro horas de clase y la profesora de historia expresa su preocupación a sus padres.

Cuando está en compañía se muestra despierta y alegre y, en cuanto se escabulle de las miradas, come. Se ríe siempre, quizá incluso más que antes, y es porque su corazón está tan apesadumbrado que cuando le llega la alegría, se lanza a ella.

Vuelve con su madre a la gran comisaría junto al Sena. Un policía la introduce en una habitación oscura: al otro lado de un tabique en parte acristalado, cinco tipos de rostros inexpresivos se alinean frente a ella y la miran. Tiene mucho miedo. El policía la tranquiliza, *Es un espejo sin azogue, no te ven*. Ella no entiende, *un espejo sin tomillo*<sup>[2]</sup>, se obliga a sonreír, a aproximarse al cristal, a exami-